

**XIII CERTAMEN DE RELATOS
CORTOS
"LEE, ESCRIBE,...
¡ENTRENA TU MENTE!**

LNFS



**SEGUNDO PREMIO
CATEGORÍA ADULTO**

Con la colaboración:

joma

**Autor: Celedonio Sanz Gil
ZARAGOZA**

MARÍA ES FÚTBOL SALA

Hoy me ha desvelado el rotundo retumbar de los tambores en su lenta procesión de este Viernes Santo por la calle Mayor. Mientras intento atrapar de nuevo el sueño, mi mirada se dispersa por la casa a oscuras y distingue el brillo dorado de esa medalla que cuelga de la estantería en la habitación que ahora está vacía. Medalla de oro, de campeona de Europa de fútbol sala femenino.

Por ella recuerdo todas esas noches en que me despertaba el ruido del balón rebotando contra las paredes y los muebles de la habitación. María hablando, con el balón en los pies; María jugando, con el balón en los pies; María merendando, con el balón en los pies; María estudiando, con el balón en los pies, María soñando con un balón a sus pies.

Un escalofrío me recorre el cuerpo por el relente de la noche y se agolpan en mi cabeza todos los resfriados, todos los estornudos que me provocaron los cientos de horas pasados en esos pabellones de corrientes traicioneras esperando que la niña saliera de los vestuarios, con el pelo mojado y en la mano la bolsa repleta de ropa sucia y zapatillas malolientes.

La vida encerrada en un recuadro de 40 x 20, intentando dominar un balón y llevarlo hasta la red. Miles de kilómetros devorados en coche y autobús. Ocupados todos los fines de semana por un calendario que nunca se acaba. Primero la liga, luego la copa, campeonatos de todo tipo entre medias, equipos y selecciones, y torneos de verano para sudar y seguir jugando sin parar.

Paso a paso recorriendo su habitación, medalla a medalla, copa a copa, que ocupan esa estantería, vas repasando todo lo vivido.

El primer título en el colegio, en ese equipo mixto con tres chicas titulares, jugando al fútbol sala en el patio de cemento. Aquel entrenador que dijo: "Tres chicas. Si os ganan os corto los huevos". María controló, disparó y marcó un gol. En el banquillo del rival todas las manos de los críos protegieron la entrepierna.

Después su equipo femenino. El instituto, estudiar y entrenar cada día. Los campeonatos sucesivos. Rompiendo etapas. Infantil jugando en juvenil, catorce años y debutar en segunda división. Más trofeos para la estantería. Recorriendo España de pabellón en pabellón. Cada quince días, un viaje de quince horas; cinco de ida y cinco de vuelta en el autobús y otras cinco en el pabellón, calentamiento, partido, ducha y salir arrastrando la bolsa, con la sonrisa puesta, la de verdad si ganabas la postiza en la derrota. Devorando bocadillos, tácticas y técnicas, con los libros en el regazo. Diecisiete años. La Universidad. Una llamada y a Madrid lejos de casa, sola. Primera división. Exigencias de profesional y todo sin cobrar. Puñeteros compañeros que ponen los lunes los exámenes, cuando llegas "reven", de física y mentalmente reventada, tras un partido en Galicia o en Murcia o en Cádiz.

Todo por jugar al fútbol sala, sin querer descansar. Con los tobillos hinchados, con los músculos tensos a punto de estallar, con una costra perpetua en el muslo y en la rodilla de arrastrar por el suelo para cortar, para alcanzar ese balón que siempre es el objetivo, que siempre quiere escapar y hay que domesticar. Quemando nuevas etapas. Otra dimensión, más tácticas, más vídeos. Las redes sociales buscando un lugar en la pista y en los medios de comunicación. Otra dimensión. La selección nacional. Del autobús al avión y jugar en Portugal, en Italia, en Brasil, en Polonia, en Hungría, ...

La medalla se mueve y su tintineo arrastra el ruido de la pasión. La misma de siempre, la que le llena el alma y hace latir su corazón, la de aquella niña que soñaba fútbol sala que se ha hecho mujer para vivir fútbol sala. El chocar de las manos al empezar el partido, el grito del equipo para jugar juntos, el rodar del balón, el control con la planta, el disparo frontal y el gol. Victorias y derrotas para crecer, para hacer amigos, para salir de casa y dejar la familia, para encontrar mil motivos para ver, hablar y jugar siempre al fútbol sala.

Tanto esfuerzo recogido en esos pocos centímetros de metal dorado que ahora cuelgan de mi mano y el viejo balón que rueda entre mis pies. Otra noche sin dormir, pensando en cómo le ha ido en el entreno de ayer, pensando en cómo le irá en el viaje de mañana y en el partido del fin de semana. Todo para no olvidar que María es fútbol sala y que el fútbol sala siempre es y será lo primero.